



Dibujar: recordar e inventar

SOFÍA F.
GARABITO¹

La historia triunfa sobre el olvido, la música ofrece un centro, el dibujo supone un reto a la desaparición.

John Berger

Los primeros dibujos que hacemos son líneas caóticas que responden al movimiento del brazo y la presión de la mano infantil. Parecen expresiones poco cuidadas porque son acciones que responden al impulso de un cuerpo que recién se está conociendo. El lápiz se transforma en la extensión del brazo curioso que pasa sobre las hojas de papel y desde ahí las líneas-rayas se extienden por el suelo, los muebles, las paredes. Ante el misterio de saber qué han representado, cuando los niños ya saben hablar, podemos pedirles que nos expliquen qué representan las líneas y formas que componen un lenguaje que los adultos olvidamos.

Con el paso del tiempo después de las líneas aparecerán los círculos que eventualmente

DIBUJAR: RECORDAR E INVENTAR

se convertirán en cuerpos de palito con cabezas gigantes y los niños intentarán replicar el mundo que ven y habitan. A pesar de que existen una serie de categorías y muchos estudios que analizan el dibujo infantil, la experiencia de dibujar y sus resultados dependerá de su desarrollo físico y mental, del contexto socio-cultural, la estimulación creativa y tantos otros factores determinados por la relación entre cuidadores y niños.

Llegado a este punto me detendré en el análisis de mi primer dibujo. O más bien, del dibujo de infancia más antiguo que conservo. Probablemente también pasé por la etapa del garabato, pero no hay vestigios de esas líneas que quizás mis padres solo consideraron locos rayados sin importancia. No les guardo rencor.

No tengo un recuerdo claro de mi primer dibujo, aunque sí recuerdo algunas situaciones infantiles relacionadas con cuadernos escolares y hojas de block. Por ejemplo, me acuerdo de dibujar pokémones en un cuaderno de cuadrícula, de pintarlos delicadamente y poner debajo de cada uno sus respectivos nombres. Recuerdo que no tenía figuritas de los personajes humanos de Pokémon, entonces le pedí a un amigo que los dibujara para yo pegarlos en un cartón y poder integrarlos en el juego. Me acuerdo de un esqueleto que hice para educación física y que el profesor me puso un 7.0 sobre el dibujo, además escribió un ¡felicitaciones! y en vez de ponerme feliz me dio pena. Arruinó mi esqueleto, al que le había dedicado mucho tiempo y esfuerzo en una clase teórica de educación física sobre las partes del cuerpo (músculos y huesos) —o tal vez fue una clase de educación física que no pudimos hacer porque afuera llovía. O porque había alerta medioambiental. De

¹ Dibujante, ilustradora y profesora. Autora de varios fanzines y del libro *Manifiesto del dibujo. Panorama de la gráfica chilena actual*.

todas maneras, a mí me pareció entretenida, nunca me ha gustado mucho la actividad física. Otra experiencia de dibujo que recuerdo fue una que me enseñó mi vecina de la casa del frente. Me visitó un día que estuve en cama y mi madre (al parecer) tuvo que salir a hacer un trámite. Ella me enseñó que podía rellenar los cuadrados del cuaderno con color y hacer formas más grandes, algo así como patrones geométricos. También me explicó que podía marcar las líneas de los cuadrados con colores y crear distintos efectos visuales. Eso me gustó mucho y estuve un par de días



rellenando obsesivamente hojas cuadrículadas. Todos estos recuerdos sobre dibujar están ligados a mi experiencia escolar, no logro dar con recuerdos más

antiguos. Sin embargo, tengo este dibujo que hice en mi niñez. Lo observo como si fuera una pieza arqueológica que ha perdido su contexto. Ni yo, ni ningún integrante de mi familia recuerda cuándo fue hecho.

Hace varios años atrás, mi abuela me regaló este dibujo junto a otro que perdí. Eran dos dibujos parecidos: ambos representaban figuras humanas femeninas enmarcadas en un círculo. Supongo que uno es un autorretrato (detrás escribí mi nombre) y el otro era un retrato de mi abuela. Hace unos días le pregunté (con ingenuidad, porque sabía la respuesta) si recordaba cuándo había hecho este dibujo y si sabía qué representaba. Me dijo que no. Ese es uno de varios olvidos, supongo que más allá del Alzheimer que padece, ha pasado demasiado tiempo para que ambas recordemos por qué lo hice.

Dibujó conscientemente desde la adolescencia. Dibujaba para entretenerme en las clases de matemática, química, biología (todas las clases que no eran humanistas y que encontraba aburridas), y también para llamar la atención del chico que me gustaba. Fue en la educación media cuando comencé a llevar libretas dibujadas. Desde muy pequeña escribía diarios de vida y la experiencia de dibujar fue tomando más espacio e importancia. Hacer cómics se convirtió en la técnica artística que más me acomoda. A veces pienso que dibujo porque me encuentro con cierta emoción y sensación infantil a la que me transporto cuando dibujo. Las libretas que llevo a todos lados me acompañan. Nunca estoy sola cuando dibujo y cuando dibujo sin prisa esta acción se parece mucho a jugar. Dibujar es mi lugar seguro.

En el libro *Sobre el dibujo*, John Berger plantea que cuando se retrata algo a través del dibujo el tiempo no es instantáneo ni progresivo, sino que el dibujo está formado por la unión de tantos instantes que pasa a construir una

totalidad más que un fragmento. Lo que dice Berger es que la experiencia de crear una pintura o un dibujo y luego contemplarla, nos pone frente a la inmovilidad del tiempo que condensa toda la experiencia corporal del artista ante lo visto.

En el capítulo “Dibujado para ese momento”, Berger relata la tristeza que siente al contemplar el rostro del padre muerto, mientras intentaba dibujarlo con exactitud, registrar lo que no se volvería a repetir y que dejaría de existir. Berger dice que la intensidad de ver algo por última vez es superior a la primera. Infiero que ver por primera vez permite la repetición, en cambio, ver por última vez no deja oportunidades. Este dibujo que conservo, que posee una carga distinta del dibujo de Berger, me vincula con una forma de la muerte o la desaparición. Es un dibujo frágil, hecho en una hoja de cuaderno que se ha puesto café por el paso del tiempo. Yo estuve ahí, dejé una huella inscrita, nunca podré volver a ese momento y puede que tampoco llegue a recordarlo. Es un dibujo al que me enfrento con total misterio.

Tengo algunas teorías que me permiten darle un tiempo y un contexto a mi dibujo. Principalmente creo que lo dibujé por diversión y que fue a los 7 u 8 años. En ese tiempo me quedaba de vez en cuando (un fin de semana al mes, quizás) en el trabajo de mi abuela. Ella trabajaba como asesora del hogar puertas adentro en Providencia, primero en Pocuro y luego en El Vergel. La rutina de visita en cualquiera de estos departamentos era similar: al llegar saludaba a la señora, conversábamos un rato, ella me preguntaba cosas sobre el colegio, mientras yo trataba de mirar las cosas que tenía en su reluciente y espacioso living. Ni a mi papá ni a mi mamá les gustaba que yo pasara mucho tiempo ahí, en su espacio, se ponían un poco nerviosos. La verdad es que a mí me gustaba mirar los libros, los muebles y la decoración.

Después del almuerzo mi abuela me llevaba a la plaza de La Alcaldesa a jugar. Tengo el recuerdo de llevar una muñeca bajo el brazo y acomodarme con ella entre medio de los árboles. De hacer equilibrio en la orilla de la fuente. Y, años más tarde, de subirme en los juegos de plástico. La mayoría de las veces nuestro lugar dentro de esa casa ajena consistía en la cocina y la pequeña pieza de mi abuela. A veces la señora me dejaba estar en el living o en una pieza de visitas para poder mirar la televisión por cable. Mientras mi abuela atendía a la señora yo veía monitos



animados acostada en la cama o me quedaba sentada en una mesita que estaba en la cocina mirando revistas o diarios a los que la señora estaba suscrita. Desde ahí miraba por la ventana. Providencia ofrece una vista distinta a la de Pudahuel. Recuerdo que hacía manualidades. Creo que siempre he tenido esa necesidad de cargar cosas que me acompañen y me salven del aburrimiento: cuadernos para dibujar y escribir. Recuerdo con mucha claridad un día que estaba con mi abuela y yo dibujaba las letras “E” con

muchos palitos y la letra “S” con muchas curvas. Me acerqué a mi abuela y le pregunté qué decía y ella respondió que nada, que las letras estaban mal hechas. Me gusta pensar que en ese intercambio de escritos infantiles y dibujos ella conservó los pequeños retratos circulares que hoy son la evidencia de un recuerdo perdido. Al mismo tiempo, el dibujo, mi falso primer dibujo es tan poderoso que me lleva a muchos otros fragmentos de mi memoria. Es por todo lo anterior que se ha transformado en un puente afectivo que ha permanecido al paso del tiempo y que probablemente fuera de su contexto sería insignificante. Aunque tirado en la calle no dejaría de ser un dibujo infantil con toda la gracia que estos poseen.

Desde que a mi abuela le diagnosticaron Alzheimer el olvido se expande en el tiempo presente: los hechos o acciones más próximos son los que más rápido se le escapan, versus el tiempo pasado, que, aunque alterado, a veces lo relata con mucha claridad. Por eso, grabo nuestras conversaciones para eventualmente dibujar su vida pasada.

“No estoy perdida hasta que pierda la memoria”, escribió Úrsula K. Le Guin en *Perros, gatos y bailarines (algunas ideas sobre la belleza)*, un ensayo dedicado al cuerpo, su contemplación, los estándares de belleza y su decadencia. Esta lectura me empujó a pensar en mi relación con el cuerpo y al mismo tiempo en la vejez. ¿Llegaré a la vejez? ¿alguien me cuidará? ¿tendré una vejez como la de mi abuela? En la presencia de nuestros cuerpos, de nuestros encuentros nocturnos tratando de recordar. De sus cuidados en el pasado y nuestra forma de relacionarnos jugando. Pensé en la certeza que siempre he sentido de su amor incondicional.

Día a día soy testigo del olvido de mi abuela y disfruto cuando se asoma la lucidez. Aunque me entristece y me asusta el olvido entiendo que el paso de los años pesa sobre su cuerpo y mente, como también el blanco del papel que se vuelve amarillo y frágil.

Me aferro a los dibujos porque me permiten contar e inventar un montón de historias para tener herramientas cuando llegue el olvido. Y como diría Berger: para que sean un lugar de llegada.